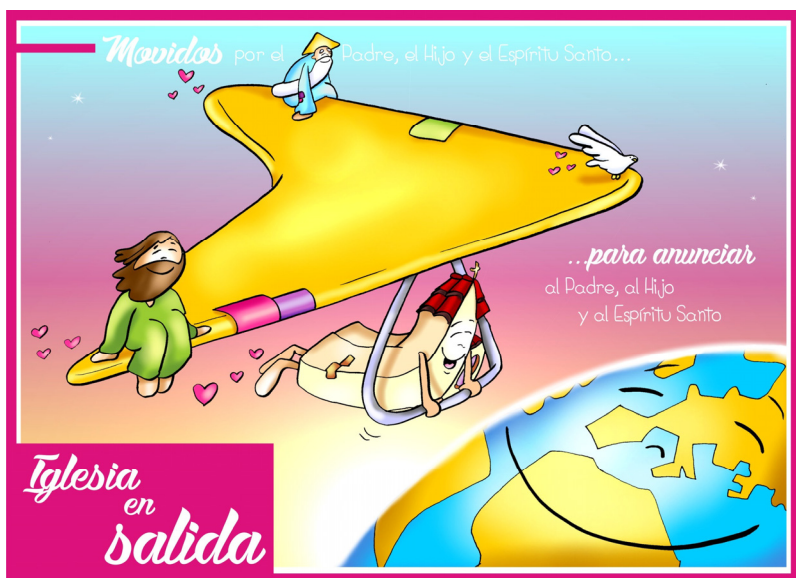


Santísima Trinidad,
profundo, inmenso misterio:
Padre, Hijo, Espíritu Santo,
un solo Dios verdadero.
Confesamos a Dios Padre.
creador del Universo,
fuente de amor y de vida.
nuestro hogar y nuestro cielo.
Confesamos a Dios HIJO,
imagen del Padre bueno,
encarnado entre nosotros,
nuestro Amigo y Compañero.
Confesamos al ESPÍRITU,
sello de amor y consuelo,
huésped, paloma de paz,
que anida entre nuestro pecho.



Las Comunidades Cristianas se nutren de la Palabra de Dios.

SANTÍSIMA TRINIDAD

(11 de junio de 2017)



En la fiesta de la Santísima Trinidad, evitemos la impresión de estar ante un misterio complicado y difícil y no tratemos de abordarlo a base de representaciones imaginarias (un triángulo, un trébol...) Las palabras de Jesús orientan nuestra mirada en la dirección adecuada. Dios es amor y, por tanto, relación estrecha, ternura incondicional, comunicación honda de persona a persona. En la mesa del banquete del precioso icono de la Trinidad hay un huésped abierto que invita a quien lo contempla a sentarse a la mesa. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son nuestros anfitriones. (P. Alexandre).

Evangelio: Jn 3, 16-18

Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna. Porque Dios no mandó su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él no será juzgado; el que no cree ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios.

DIOS ES MÚSICA

Dios no es un ser solitario y aburrido. Dios es música, alegría, fiesta. Así lo quieren expresar nuestros hermanos orientales cuando dicen que la Santísima Trinidad es “perijoresis” es decir, “DANZA”. Dios que salta de júbilo en una danza eterna de amor. Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo. Dios es familia, Dios es Comunidad. Dios es éxtasis de amor. El Padre se da totalmente en el Hijo. Y el Padre y el Hijo se entregan al Espíritu Santo en un abrazo de unidad. La Trinidad es El Amante, El Amado y El amor.

EL PADRE es fuente y origen de todas las luces, tuvo la genial idea de crear a una criatura “semejante a Él”, capaz de escuchar la música de Dios. Al lugar donde esto sucedía se le denominó “paraíso”. Y nuestros primeros padres escuchaban embobados la música de Dios “en la brisa de la tarde”. Pero Dios creó a nuestros padres libres, con capacidad de decidir por sí mismos. Y Dios se arriesgó a que unas criaturas creadas a su imagen y semejanza le pudieran decir: NO. Y a eso se le llama pecado. Decir a Dios que no, es no querer escuchar su música, es no querer entrar en sintonía con Él, es no creerle a Dios capaz de hacernos felices y buscar la felicidad por nuestra cuenta. Y, por eso, fueron arrojados del paraíso.

EL HIJO. El Padre, en un arranque de generosidad, para llevar adelante su proyecto, nos entregó lo mejor que tenía, su propio hijo, para que sonara de nuevo en nuestro mundo la música de Dios. La música de Dios es el amor. Y Jesús cantó esta música en tono mayor y tono menor. En tono mayor cuando hablaba de Dios, su Padre. Nos habló de un Padre “compasivo y misericordioso, lento a ira y rico en piedad” (1ª lectura”. Un Dios “de amor y de paz” (2ª lectura) Un Dios que no ha mandado su Hijo al mundo para juzgar, condenar ni castigar, sino para salvar. (Evangelio). Pero también cantó en tono menor cuando Dios viene a los suyos y los suyos no lo reciben; cuando los hombres prefieren las tinieblas a la luz. Con todo Jesús sueña con un mundo de hermanos, con un mundo de iguales, como una humanidad como una gran familia. Pero esto era demasiado revolucionario y lo mataron. Mataron su cuerpo, pero no su alma, ni sus sueños, ni su música. Al Resucitar todo recomienza de nuevo con nueva fuerza. Para eso nos envía su Espíritu.

EL ESPIRITU SANTO. Está encargado de tomar la batuta en esta orquesta y hacer resonar en este mundo “la canción de la alegría”, la melodía de la fraternidad. También, como buen director de orquesta, tiene que estar afinando constantemente a unos músicos que se bajan de tono, que desafinan demasiado. Y desafinamos cuando seguimos creyendo que Dios es un ser lejano, que condena y que castiga y no un Padre que acoge, perdona, besa y acaricia. Desafinamos cuando queremos comprar a Dios con nuestro esfuerzo y nuestras obras y no nos damos cuenta que Él es gratuito, y que no lo podemos comprar con nada. Desafinamos cuando no nos amamos, cuando no buscamos la unidad; cuando somos personas “pantallas” y no “puentes”. Nadie expresó mejor lo que era la Trinidad como San Juan de la Cruz donde habla de un Dios Padre como “una música callada”. Un Dios-Hijo, como “soledad sonora”. Dios Espíritu Santo, como “la cena que recrea y enamora”.

Preguntas

- 1.- ¿Estoy convencido de un Padre tan desconcertantemente bueno que jamás rechaza a su hijo por más perdido que ande (Lc.15) Tan fiel que “manda el sol y la lluvia para todos” (Mt. 5,45). Tan entrañable que se compara con una gallina que protege bajo sus alas a sus polluelos? (Mt.23,37)
- 2.- ¿Acaso me entero que Jesús sólo sabe cantar las canciones del amor? ¿Y que ese canto lo compró en este mundo a precio de sangre?.
- 3.- ¿Me dejo corregir por el Espíritu cuando desafino o me bajo de tono?